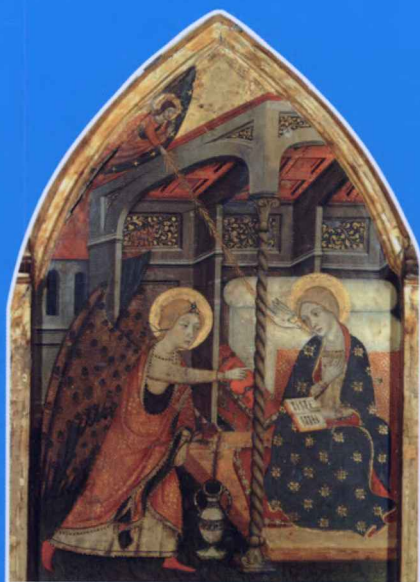


FRAY JUAN DE BONILLA

*Breve Tratado
de la paz del alma*

•
*Advertencias del
Caballero de Gracia*



NEBLI
CLASICOS DE ESPIRITUALIDAD





El *Breve Tratado de la paz del alma* es una pequeña joya, casi oculta, de la mística española del siglo XVI. Cuando se publicó tuvo una gran acogida, y se entiende, porque no hay otra obra de nuestra espiritualidad clásica que trate de la necesidad de la paz interior y del sosiego del alma con tal intensidad. ¿Cómo es esa paz? Nace del amor a Dios —y no del temor—; de la oración confiada en Dios; aceptando siempre su voluntad; de la desnudez de sí, dejando obrar al Señor.

Explica el autor que hay que renunciar a la vanidad, a los placeres, a lo cambiante y tornadizo, para descansar en Cristo, diciéndole con gran sencillez y sinceridad: *seamos amigos*. Con humildad debe esforzarse el alma en pedir toda ayuda para lograr la paz interior, y una ayuda excepcional es acudir al Santísimo Sacramento. Es éste un libro de interés general, que puede orientar a todos, porque ofrece el panorama del acercamiento sencillo del hombre a su fuente y fin, que es el Señor.

La rica doctrina franciscana enmarca su modo de hablar de la oración, la mortificación, la humildad, o en cómo trata los escrúpulos con gran naturalidad.

La primera edición que se conoce es la impresa en 1580, en Alcalá de Henares, y desde principios del siglo XVII se publicó mucho, pero mal atribuido a Lorenzo Scupoli. Después

BREVE TRATADO
DONDE SE DECLARA CUÁN NECESARIA
SEA LA PAZ DEL ALMA,
Y CÓMO SE PUEDE ALCANZAR



© 2005 de la presente edición, realizada por José María Sanabria,
by EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290. 28027 Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Fotocomposición: Gráficas Anzos, S. L.

ISBN: 84-321-3528-3

Depósito legal: M. 3.462-2005

Impreso en España

Printed in Spain

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Í N D I C E

	<u>Págs.</u>
Introducción al Breve Tratado de Fray Juan de Bonilla, por José María Sanabria	7
I. Cuál sea el natural de nuestro corazón, y cómo quiere ser gobernado	23
II. El cuidado que ha de tener el alma de apaci- guarse	25
III. De cómo se ha de edificar esta morada pací- fica	27
IV. Debe el ánima despedir todo consuelo para ga- nar esta paz	29
V. De cómo el ánima se ha de conservar en sole- dad para que Dios obre en ella	33
VI. De la prudencia que se debe tener en el amor del prójimo porque no estorbe esta paz	35
VII. Cuán desnuda de querer propio se ha de repre- sentar el ánima delante de Dios	39
VIII. De la fe que se debe tener al Santísimo Sacra- mento, y cómo se ha de ofrecer al Señor	45
IX. Que no ha de buscar el ánima regalo, ni cosa que le dé gusto, sino sólo Dios	47

X.	Que no desmaye el alma, aunque sienta en sí repugnancia o estorbo para esta paz	51
XI.	De la diligencia que tiene el demonio para estorbar esta paz, y la que nosotros hemos de tener en guardarnos de sus asechanzas	53
XII.	De cómo no se debe desasosegar el alma por las intenciones interiores	57
XIII.	De cómo el Señor da para nuestro bien estas tentaciones	59
XIV.	Del remedio que ha de tener el alma para no se inquietar en sus culpas y flaquezas	63
XV.	De qué manera se debe quietar a cada paso el alma sin perder tiempo ni aprovechamiento	67

ADVERTENCIAS PARA EJERCITARSE EN OBRAS, DE MANERA QUE SEAN A DIOS MUY AGRADABLES Y AL HOMBRE MUY MERITORIAS

Introducción a las Advertencias de Jacobo de Gracia ...	73
Primer punto	77
Segundo punto	79
Tercer punto	81
Cuarto punto	85
Quinto punto	87
Sexto y último punto	89
Preguntas y respuestas sobre el acto de contrición	91

INTRODUCCIÓN AL BREVE TRATADO DE FRAY JUAN DE BONILLA

Fray Juan de Bonilla tiene las condiciones requeridas para ser un desconocido. Se ignora cuándo y dónde fue su nacimiento, quiénes fueron sus padres y el trayecto principal de su vida. Lo que conocemos de su obra, además, ha sufrido intromisiones y fraudes, intencionados o no, que es lo mismo.

Lo que se sabe de cierto es que en 1571 era guardián¹ del convento franciscano de Villasilos, en la provincia de la Concepción de su Orden, y que tres años antes, en 1568, obtuvo licencia para imprimir su *Breve tratado*. Nada más, por el momento.

¹ Guardián: *Prelado ordinario de alguno de los conventos de la orden de san Francisco*.

LAS EDICIONES DEL *BREVE TRATADO*

La primera edición que se conoce es la impresa por Juan Íñiguez de Lequerica en 1580, en Alcalá de Henares; y se supone que, obteniendo la licencia doce años antes, habría sido publicada con anterioridad, y más conociendo el éxito que tuvo esta obra². En el mismo año, Pedro Lasso publica el *Breve tratado* en Salamanca y, en 1582, en Córdoba, lo hace Francisco Rodríguez, añadido al *Tratado de la oración*, de san Pedro de Alcántara; hay otras varias ediciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII; en Méjico una edición, en solitario (39 hojas en 16.º), de 1720, a la que siguieron otras.

Se conocen, además, seis ediciones en francés; cinco en flamenco; tres, al menos, en lengua inglesa; dos en latín; tres en italiano y, probablemente, una en alemán. Aparte de las más de treinta ediciones mencionadas, el libro se publicó repetidamente bajo otro nombre, el de Lorenzo Scupoli, desde principios del siglo XVII.

Al morir dicho autor italiano en 1610, los superiores del convento donde había vivido encargaron al Padre Carlos de Parma que arreglara los papeles que tenía en su poder Lorenzo, el cual debía guardar un

² Según Nicolás Antonio, su primera edición es la de Alcalá en 1580, en 8.º; aunque el mismo año se edita en Salamanca en 16.º, unido al *Tratado de la Oración y la Meditación* de san Pedro de Alcántara, por Pedro Lasso, ...*Compluti apud Ioannem Iñiguez anno 1580, in 8, unaque cum libello De oraciones et meditationes S. Pedtri de Alcántara salmanticae poden anno in 16 apud Petrum Lasso.*

manuscrito del *Breve tratado* que el de Parma incluyó entre las obras de su hermano de religión; y desde entonces se ha venido publicando como obra suya, incluso en España y en época moderna³.

Esto, y la brevedad del *Tratado*, han contribuido al olvido del autor, pues casi siempre ha sido editado como libro segundo, tercero o cuarto de otros títulos, en especial del *Tratado de la oración y meditación* de san Pedro de Alcántara. Nosotros hemos utilizado para la presente edición el ejemplar que se guarda en la Biblioteca Nacional, de Madrid, con la signatura 2/7007, que es el más antiguo que se conserva completo —es de 1680—, ya que en otros ejemplares, aunque son anteriores, faltan algunas hojas. Al libro de san Pedro de Alcántara acompañan las dos obras de la presente edición —las de Juan de Bonilla y del Caballero de Gracia— más una obra en verso de Pedro Sánchez, natural de Quintanar de la Orden, titulada *Arrepentimiento, que el ánima tiene de haber ofendido a su Criador*.

No sabemos de otras publicaciones de fray Juan, aunque, al final del *Breve tratado* indica su propósito de continuar escribiendo si son aprovechados los avi-

³ SCUPOLI, L., *Combate espiritual*, 7.ª Ed. Barcelona, 1948. Parte II, Tratado II, «*De la paz interior y verdadera senda del paraíso*», pp. 322–365. Es la misma obra de Bonilla. Para que se pueda comprobar la identidad del texto sin necesidad de más discusión, en esta edición figurarán los títulos de los capítulos de la citada edición catalana a pie de página. Para todo lo anterior, cfr MESEGUER FERNÁNDEZ, J., *Juan de Bonilla y su Breve tratado*, en *Archivo ibero-americano*, 29 (1969), pp. 128–188.

sos que ofrece: *Aquí faltan otros avisos necesarios para llevar adelante esta lucha, que por prisa no ha habido lugar; yo los daré* —nos dice— *después que éstos se hayan aprovechado*⁴. Espero, pues, encontrar alguna otra publicación suya, sólo por evitarle un disgusto.

LA DOCTRINA DEL BREVE TRATADO

Vamos, a continuación, a ocuparnos de su brevísima obra.

*Él ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es el Señor de todos*⁵, explica san Pedro al centurión Cornelio; y con ello nos certifica que la Buena Nueva lo es de paz. Los ángeles, en el nacimiento de Cristo, anuncian esta gran noticia pidiendo la paz para todo hombre que tenga voluntad de aceptarla: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*⁶. Y cuando el Señor, cerca ya de su fin, entra en Jerusalén, prorrumpen las muchedumbres, que han visto sus muchos milagros, con un canto semejante: *¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!*⁷ Cuando se presenta Jesús ante los apóstoles tras la resurrección, ¿qué dice?: *La paz sea con vo-*

⁴ *Breve tratado*, cap, XV.

⁵ Act 10, 36

⁶ Cfr Lc. 2, 14

⁷ Lc 19, 38.

sotros; y ante el regocijo —siempre poco atento— de los Doce, *díjoles otra vez: la paz sea con vosotros*⁸.

La Sagrada Escritura menciona la paz en muchísimas ocasiones, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento. La palabra hebrea *shalom* se ha ido haciendo muy rica en sentidos a lo largo de su historia. Un pueblo primitivo, como el de los primeros hebreos, no podía soñar con disfrutar de un rico vocabulario; pero Dios le ha dado la abundancia de experiencias necesarias para desarrollarlo y enriquecerlo; y la palabra que significa *paz* —*shalom*— es uno de esos pocos términos privilegiados. ¿Por qué? Porque la revelación de la verdad divina lo requiere: Dios busca la paz como fin: *¡Paz, paz al de lejos y al de cerca! —dice Yahveh— Yo le curaré*⁹. Y a Isaías se une, con las mismas palabras, san Pablo: *Y viniendo nos anunció la paz a los de lejos y paz a los de cerca, pues por Él tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo espíritu*¹⁰. Y Miqueas, muy claramente, escribe: *Él será la Paz*¹¹.

Pero, circunscribiéndonos al Nuevo Testamento, advertimos que la paz no es sólo el fin que se anuncia, sino que, por así decirlo, se difracta antes en multitud de sentidos: a la paz somos llamados¹², a la paz y la gracia, la paz y la caridad, la paz y la justicia, la paz y la

⁸ Jn 20, 19 y 21.

⁹ Is 57, 19.

¹⁰ Ef 2, 17.

¹¹ Miq 5, 4.

¹² Cfr I Cor 7, 15

alegría, la paz y la misericordia... porque es el resultado de la justificación¹³ y el fruto del Espíritu¹⁴; no sólo Cristo ha pacificado la creación¹⁵, sino que *Él es nuestra paz*¹⁶, al derribar los muros que existían entre los hombres, haciendo de dos pueblos uno.

Pero esta paz, a pesar de la riqueza de matices que encierra uniéndose a la benignidad, a la justicia, al amor, etc. —presentándose como medio y como fin—, todavía conoce mayores anchuras: la paz entre los hombres, entre los pueblos, invitando a un tipo de relación y a una concordia; además, a la paz del hombre consigo mismo, a la paz interior, a la paz en su sentido más psicológico. Y aquí es donde aparece Juan de Bonilla con su *Breve tratado*.

Dios ha dado al hombre un corazón capaz de amarle. Ahí radica su grandeza, porque si de verdad Le ama, no habrá nada que le resulte imposible; si no consigue este amor de nada le servirá el corazón; más bien será el lastre que encuentra a cada paso. Esto justifica que haya que luchar contra el enemigo exterior y contra uno mismo.

Velar y luchar; pero en esto hay que estar sobre aviso y hacerlo con tanta cautela que el alma esté —rehuyendo preocupaciones— siempre con sosiego. Hay personas que no saben apreciar esta necesidad, que

¹³ Cfr Rom 5, 1.

¹⁴ Cfr Gal 5, 22.

¹⁵ Cfr Col, 1, 19s.

¹⁶ Ef 2, 14.

fray Juan propondrá como principalísima. Lo mismo da que sean preocupaciones ante una tentación, o ante las propias culpas, en las que se ha caído por debilidad o por malicia; o sea porque no se encuentra ningún sabor en la oración o porque se advierte cierta pereza en las cosas de Dios. Un alma decaída es un alma con turbación, y no con paz; es más, el alma llega a desfallecer porque no ha encontrado la vía del sosiego, que está en Dios. Por eso, en Dios y con Él, no caben desalientos.

El camino hacia el fin ha de pasar siempre por una oración confiada en Dios, en la cual la voluntad acepta las causas de su caída; pero, secundariamente, porque lo primero que debe hacer es enfrentarse con la voluntad de Dios. No huir de Él, no tenerle miedo. ¡Es tan propio del hombre temer a Dios, después de ofenderle! Adán se esconde después del pecado y es el propio Dios quien, paseando por el paraíso, le llama. Adán y Eva se esconden¹⁷. El proceder nuestro en la oración debe ser el que nos enseña Jesús en el Huerto, donde su humanidad lucha por desaparecer aceptando la voluntad de su Padre Dios. Luchar, pero ¿contra qué? Contra nosotros mismos, contra nuestra voluntad humana y no perdiendo en ningún momento el sosiego y la paz interior.

Aquí se hace presente la entonces reciente tradición ascética y mística española, que llena el siglo XVI —pero de la que hay indicios anteriores¹⁸—, sobre la

¹⁷ Cfr Gen 3, 8–11.

¹⁸ Cfr, por ejemplo, *Los místicos de la edad de oro en España y América*, de Melquíades Andrés. BAC. 1996. Primera época.

quietud en la oración, la paz interior y el sosiego físico y espiritual necesarios para lograr la última etapa contemplativa. Escribe santa Teresa: *De este recogimiento viene a veces una quietud y paz interior muy regalada, que está el alma que no le parece le falta nada, que aun el hablar le cansa, digo el rezar y el meditar; no querría sino amar*¹⁹. Es la línea del recogimiento, del que trata abundantemente Francisco de Osuna en su *Tercer Abecedario Espiritual*²⁰.

¿Cómo es esta paz? No como la paz del mundo, que viene como consecuencia de un conflicto; sino que está instalada en la misma lucha, es concomitante con ella, no renuncia a combatir y a estar marcada —si es necesario— por el dolor, por la incomprensión, por la injusticia, por la corona de espinas y las largas horas colgado de la Cruz. La paz de que nos habla Bonilla no es la que se produce en la oración, sino consecuencia de ella, procede del amor a Dios que nos acompaña de continuo.

Hemos de ser conscientes de esto, porque hay personas que, andando los caminos de la vida interior —y no afectados por una caída, grave o no, repetida o aislada—, pueden entrar en una etapa de confusión, de frecuentes torbellinos; y se asustan, se espantan y, en medio de aquel huracán, se preguntan dónde han caído, por qué y cuál es su culpa; o aceptan, simplemente, que no pueden ser personas de tanta interioridad y

¹⁹ Santa Teresa de Jesús, *Cuentas de conciencia*. Cuenta 54.

²⁰ Ed. BAC, Madrid, 1972, preferentemente pp. 244 ss.

riqueza como pretendían, dando marcha atrás en sus aspiraciones. No son capaces de reconocer que la vida del hombre pasa, necesariamente, por estas situaciones inestables y que, de ellas, se vale el Señor para atraernos a sí y darnos sus gracias.

Es cosa de aceptarlo como es, como suena, como lo aceptamos en otro —o en este escrito, plasmándolo o leyéndolo—; pero somos tal vez incapaces de recibirlo como un estado personal. No somos culpables —pensamos—, o quizá somos personas que se cansan con facilidad o que no entendemos que Dios actúe así... ¿Por qué me pide esto si ve cómo soy, si conoce la poquedad de mis fuerzas, lo quebradizo de mi voluntad?

Lo que hay que hacer es no pensar, vendrá a decirnos Bonilla; ni pensar, ni imaginar, ni querer... ni expresar nada que sea personal²¹. Llegar al sosiego y paz interior es eso. Es estar suelto, dirá él, es disfrutar de libertad. Ser libre es estar hasta tal punto lejos del amor propio que, sólo con dificultad, se puede decir que yo exista; y en este punto se nos revela plenamente franciscano; al menos, discípulo de san Buenaventura.

²¹ Una afirmación semejante habría sonado, en aquellos años, a «alumbrado», pues estaba cerca aún el momento en que los de esta secta predicaban en España el dejamiento más completo y la iluminación interior, el todo de Dios, que los franciscanos, el año anterior al decreto de la Inquisición (1525), habían señalado como cosa nueva y peligrosa; sin embargo no levantó Bonilla ninguna sospecha ni acusación, como sucedió a otros: santa Teresa, fray Luis de León, etc... Todos hubieron de experimentar los efectos.

En *Las tres vías o incendio de amor* escribe el Doctor seráfico: *Y el sexto grado es una verdadera y perfecta tranquilidad, en que tanta paz y reposo se siente, que el alma, en cierto modo, está en silencio y en sueño, como si estuviera refugiada en el arca de Noé, sin que ninguna perturbación llegue a ella. Porque ¿quién es capaz de alborotar el alma que por ningún pinchazo de codicia es ya inquietada, ni por ningún aguijonazo de temor es agitada?*²² Éste es el grado a que se requiere llegue el alma, olvidada de todo menos de Dios: y allí la paz; pero para llegar a ella es necesario recorrer un camino que conoce, asimismo, grados o aspectos diferentes. *Los grados para llegar al sopor de la paz son estos seis*, y enumera san Buenaventura, a continuación, los que resumidamente señalamos:

- el rubor de la memoria del pecado;
- el temor que nos inunda al considerar el juicio de Dios, la ceguera de la razón o la condenación del alma;
- el dolor por el mal causado (la pérdida de inocencia, de amistad con Dios, el fallo de la vida...);
- un auténtico clamor, pidiendo ayuda al cielo;
- la extinción del *fomes peccati*, esto es, de la sequedad, que es pereza; de la malicia, del placer y de la vanidad, que es soberbia; del deseo ardiente de martirio, que es el quinto grado;

²² SAN BUENAVENTURA, *Las tres vías o incendio de amor*, BAC, 1947, tomo IV, p. 139.

— y, por último, el *sopor* de la sombra de Cristo, donde se halla el término y la paz, al sentirse protegido por las alas divinas para no aceptar el ardor de la concupiscencia ni el temor a la pena²³.

Todos estos aspectos estarán presentes, de algún modo, en el *Breve tratado*, pero sobre todo nos dirá que al último grado se llega a través de aquella desnudez de sí, dejando obrar al Señor, no estorbándole en nada. *Este mismo Señor es el que ha de edificar, porque de otra manera sería ya esfuerzo tuyo; y mira que el fundamento principal para este ejercicio es la humildad*²⁴.

Con humildad, debe esforzarse el alma en pedir toda ayuda a fin de conseguir la paz interior; uno mismo, aunque tenga una voluntad bien dispuesta y aunque se considere muy roblizo y experimentado, puede equivocarse y caer en el consejo propio o en el del que llega vestido con piel de oveja siendo en realidad un *lobo robador*. Para ser humilde no hay que descuidarse; y no hay descuidos cuando, pase lo que pase, no nos alteramos, no corremos trastocando las cosas, no hacemos nada que sea distinto a refugiarnos en Dios para llegar a aquella conversación de la oración en que pedimos perdón por nuestras culpas, demandamos ayuda al cielo, nos volvemos de espaldas a la sequedad, a la malicia, a la tonta vanidad, a los placeres, a lo

²³ Id., p. 145.

²⁴ *Breve tratado*, cap. III.

cambiante y tornadizo, para descansar en Cristo diciéndole finalmente en el diálogo, con gran sencillez y sinceridad: *Seamos amigos*²⁵.

Una ayuda excepcional, que no puede echarse en saco roto —y que, para nuestra desgracia, con frecuencia descuidamos— es acudir al Santísimo Sacramento, a fin de comulgar el Cuerpo de Cristo, hacernos una sola cosa con el Señor, al menos espiritualmente. Él se ha quedado por amor a nosotros; ¿qué miedo podemos nosotros tener en acercarnos? Se puede, así, comulgar tan constante y frecuentemente como pueda y quiera el pensamiento escapar hasta el Sagrario. En él el corazón puede inflamarse al contacto de Jesús, que está glorioso y lleno de paz enseñándonos a sobrellevar las injusticias, los malos tratos, los insultos; y también nuestra pequeñez y escasez de fuerzas.

Un capítulo de sumo interés es el que se refiere a los escrúpulos, porque ¿qué hará un alma turbada por ellos, sino no poder separarse de las causas de sus faltas, de los móviles y, en ocasiones, de las apariencias de sus culpas? Porque, lógicamente, el escrupuloso cuenta con algún hecho objetivo, real; pero que él convierte enseguida en un tropiezo personal al que da vueltas y al que vuelve de continuo, entristeciéndose, cargándose de temores, viendo luces y sombras, contrastes que son fruto ya de su imaginación; y se figura haber fallado a Dios y se acentúa en él el hecho de ocultarse de Dios, cuando lo que debe hacer es poner todas sus fuer-

²⁵ Id., Cap. XV.

zas, su entendimiento, su voluntad, su imaginación y sensibilidad en una íntima conversación con Él: *Señor, yo he hecho como quien soy, de mí no había que esperar otra cosa, sino estas faltas, y otras, y no me detendría sólo en esto si vos me hubierais dejado. Os doy infinitas gracias por ello, y de lo cometido me pesa. Perdonadme por ser vos quien sois, y dadme gracia para que no os ofenda...* y termina con las palabras colosales que ya hemos citado y que son una culminación redonda por su simplicidad y contundencia: *...y, seamos amigos*²⁶.

OTRAS LECCIONES

No conozco otra obra de nuestra espiritualidad clásica que trate de la paz interior y del sosiego del alma con esta intensidad. Hay sólo otro libro, anterior a éste, titulado *Breve suma llamada sosiego y descanso del alma*, de Francisco Fuensalida, publicado en 1541²⁷. Se trata de una pieza renacentista, culta, con muchos ejemplos de clásicos y recuerdos de la *vida feliz*, y en la que, aparte de los capítulos más generales, aborda aquellos puntos que más ayuden a adquirir el reposo del alma, tales como la humildad, la pobreza, la amistad y conversación que conviene tener, etc...; pero, tras ha-

²⁶ Id., cap. XV.

²⁷ Francisco Fuensalida era toledano, profesor de gramática en la ciudad de Ávila, *preceptor grammaticae artis in urbe abulensi*, escribe Nicolás Antonio; aunque su libro se publicó en Alcalá, por Brocar.

berse acercado a la obra de Bonilla, la verdad es que ésta sabe a muy poco. Es una pieza correcta, estilísticamente preciosa, pero tan *clásica* que resulta demasiado vacía. Lógicamente es una pieza cristiana, como lo eran todas en aquel momento; pero yo diría que lo más religioso son los dibujos que acompañan a las versales o letras titulares del comienzo de los capítulos, en los que se ven algunas personas leyendo, frailes absortos en un libro, monjes orondos acercándonos manuscritos, otros que pasean y rezan... Los pasajes religiosos son fríos y parecen muy puestos.

Cuando una obra es maestra, y el *Breve tratado* a mi parecer lo es, deja una punta, un regosto de buen acabamiento y esconde tras sus afirmaciones principales otras que se dejan traslucir como auténticas lecciones. Está oculta, bajo una enseñanza concreta, la rica doctrina franciscana de Juan de Bonilla, que aflora de continuo, como un tropiezo permanente.

Hemos visto, por ejemplo, el modo de tratar los escrúpulos, con suma naturalidad. Lo mismo sucede con la oración, que plantea como una necesidad en el hombre; o la mortificación que, exigiendo una estabilidad constante, no quiere romper la quietud del alma, sino aparentemente desaparecer. La humildad, que se nos muestra —de manera muy diferente a la tomista— como verdad de uno mismo. Son muchas las materias que se rozan, pero de tal manera que es imposible seguir la trama del libro sin, a la vez, no amar y sentir inquietud hacia la oración o no apoyarse en la penitencia.

El libro se dirige a todos; son los que se empeñan en reincidir en el pecado los que no lo aprovechan;

pero si salieran de su estado, al menos con el deseo, podrían enseguida acudir a su consejo. No es un libro de mística —aunque sí lo sea—, sino un libro de interés general que abre ante el mundo el panorama del acercamiento sencillo del hombre a su fuente y fin, que es el Señor. Él no se cansa de decir que no hay que esperar, que no es necesario dejar pasar los años para acercarse con toda confianza ante Dios, que nos espera; ni hay que desesperar porque parezca que se nos resiste tal acercamiento: la senda es llenarse de paz con desasimiento de todo y seguir adelante, rompiendo caminos.

JOSÉ MARÍA SANABRIA
Navidad, año 2004

CAPÍTULO PRIMERO

CUÁL SEA EL NATURAL DE NUESTRO CORAZÓN,
Y CÓMO QUIERE SER GOBERNADO¹

Has de saber que te dio Dios un corazón muy noble, criado únicamente para amarle y derretirte en Él; y por amor harás de Él cuanto quisieres y, enamorado de la virtud, lo dificultoso se te hará muy fácil y, por el contrario, si con tu fuerza quieres hacer algo, nunca

¹ El título del capítulo, según la edición del *Combate espiritual*, de Lorenzo Scupoli —citado siempre por la edición de Barcelona, año 1948—, es *Cuál sea la naturaleza del corazón humano y cómo debe ser gobernado*, p. 322. En adelante se pondrá, simplemente, el título de la obra, el autor y la página. Bastará esto para apreciar cómo copia literalmente la obra de Juan de Bonilla.

harás nada. Funda primero la intención de tu corazón de manera que de lo interior salga lo exterior; y aunque la penitencia² y los otros ejercicios penosos son loables —moderados con discreción, según conviene al que los hace—, ninguna virtud alcanzarás por ellos, sino vanidad y aire de vanagloria con que pierdas tu trabajo³, si con lo interior no van regulados.

Batalla es la vida del hombre sobre la tierra (como el Santo Job dice⁴) y, para esta guerra, conviene velar; y tu velar ha de ser sosegar y apaciguar y quietar el espíritu, y, levantándose en tu ánima algún movimiento o torbellino y desasosiego sensual, estate muy sobre aviso para luego sosegarlo, pacificarlo y no dejarlo desmandar ni torcer en cosa alguna. Y esto haz cuantas veces tuvieres desasosiego, en la oración o fuera de ella; y entonces sabrás orar, cuando sepas así obrar. Y siempre que esto hicieres, sea sin fuerza, sino con suavidad; porque todo tu ejercicio ha de ser apaciguar tu corazón y no dejarlo desmandar, sino que esté siempre en sosiego.

² En el sentido de mortificación.

³ «Trabajo». Hoy escribiríamos «esfuerzo».

⁴ Job 7, 1: *Militia est vita hominis super terram*, la vida del hombre sobre la tierra es milicia.

CAPÍTULO II

EL CUIDADO QUE HA DE TENER EL ALMA DE APACIGUARSE¹

Pondrás, pues, ante todas las cosas este velador² pacífico sobre tus sentidos y te ha de llevar a grandes cosas sin esfuerzo alguno, sino con mucha paz y seguridad. Y con esta paz y seguridad, enviada de Dios, velarás, orarás y sufrirás injurias sin congoja. Puesto que,

¹ *Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse y adquirir una perfecta caridad*, Scupoli, p. 324.

² «Velador»: *Aplicable al que vela o al que cuida celosamente de algo*, dice en la primera acepción MOLINER, quien en la segunda dice: (ant.) *centinela*. Puede aquí utilizarse en uno u otro de los sentidos, refiriéndose al consejo de sosiego dado en el capítulo anterior.

hasta apaciguarte, padecerás harto trabajo por no estar experimentado; pero quedará tu alma muy consolada de cualquier contradicción que te suceda, y cada día te enseñará a mejor apaciguar tu espíritu. Y si alguna vez te vieres congojado, de manera que no te puedas apaciguar, ve³ luego a la oración y persevera en el ejemplo de Cristo nuestro Redentor, que tres veces oró en el Huerto⁴ por dejarte ejemplo.

Que todo tu recuerdo y consuelo sea la oración, y que de ella no te apartes hasta hallar tu voluntad conforme con la de Dios, sosegada y pacificada. Y si estás ocupado en obra corporal, o de manos, no porfíes ni te hagas fuerza para acabarla presto, ni tases el tiempo en que has de acabarla; mas hazlo todo con reposo y pacíficamente, porque ha de ser tu principal intento tener a Dios siempre en la memoria con grande sosiego, sin tener respeto⁵ a contentar sino solo a Dios. Y si con otra mezcla lo haces⁶, tú verás el desasosiego y torbellino que en tu alma resucita y, cayendo y levantando, serás avisado y verás claramente que todo cuanto mal tenemos es nuestro amor propio, queriendo que todas las cosas se hagan conforme a nuestra voluntad; lo contrario nos da pena, nos turba e inquieta.

³ En el original se lee: *ocurre luego a la oración*.

⁴ Cfr Mt 26, 36-46; Mc 14, 32-42 y Lc 22, 39-46.

⁵ Sin otra mira que contentar.

⁶ Es decir, con otra intención que el contentar a Dios, como pasa inmediatamente a describir.

CAPÍTULO III

DE CÓMO SE HA DE EDIFICAR ESTA MORADA PACÍFICA¹

Ten aviso² y nunca dejes tu corazón turbar ni entristecer, ni alterar, ni mezclar en cosas que lo desasosiegen. Mas esfuérzate por tenerle reposado, porque dice el Señor: *Bienaventurados son los pacíficos*³. Y, haciendo esto, edificará el Señor una ciudad pacífica en

¹ *Que esta habitación pacífica del corazón que se ha de edificar poco a poco*, Scupoli, p. 325.

² «Ten cuidado y no dejes que tu corazón se turbe, etc...», podría escribirse.

³ *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*. (Mt 5, 9)

tu ánima y te hará casa de deleites. Solamente quiere de ti que, todas las veces que te levantes⁴, te vuelvas a asentar, apaciguándote en todas tus obras, pensamientos y movimientos. Porque así como no se edifica una ciudad en un día, no pienses tú en un día alcanzar esta paz y apaciguamiento interior, que es edificar casa para el Señor y hacerte templo suyo. Este mismo Señor es el que ha de edificar, porque de otra manera sería ya esfuerzo tuyo; y mira que el fundamento principal para este ejercicio es la humildad.

⁴ En el sentido de soliviantarse el ánimo, agitarse.

CAPÍTULO IV

DEBE EL ÁNIMA DESPEDIR TODO CONSUELO PARA GANAR ESTA PAZ¹

Para entrar por esta puerta de la humildad has de esforzarte en abrazar las tribulaciones y tenerlas por hermanas, y desear ser de todos menospreciado, y que no haya nadie que te consuele sino solo Dios; y has de asentar en tu pecho que solo Dios es tu favor, y todos lo demás son espinas para ti. Y así enseña a tu ánima a estar sola con Dios, representándote que te llevasen a la vergüenza o te hiciesen alguna afrenta y tendrías

¹ *Que el alma debe negarse a toda consolación y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior, Scupoli, p. 326.*

que ir muy contento, sufriendolo con gozo; teniendo por cierto que está Dios contigo y que otra honra no quieres, ni buscas, sino es padecer por su amor y por lo que es su honra y gloria. Y te has de esforzar en sonreír si alguno te dijere palabras de injuria o te menospreciare, o si fueres reprendido, porque un gran tesoro hay debajo de esta corteza; jabón que lava todas las culpas es la tribulación bien sufrida. Finalmente, no has de querer honra —aunque nadie te ame en esta vida, ni te haga caso—, sino que te dejen padecer por Jesucristo crucificado.

Guárdate de ti mismo como de enemigo; no sigas tu voluntad, ni entendimiento, ni querer, si no quieres perderte. Para esto solo has de tener armas: para defenderte de ti mismo. Y cuando tu voluntad quisiere llegarse a alguna cosa, aunque sea muy santa, entonces ponla sola y desnuda con profunda humildad ante el Señor, suplicándole se haga en ella Su voluntad; y esto con entrañable deseo, sin ninguna mezcla de amor propio, conociendo que tuyo no tienes nada, ni puedes guardarte de tus pareceres, que traen consigo una especie de santidad y de paz y de celos indiscretos, de los que Cristo nuestro Señor dice: *Guardaos de los profetas, que vienen con vestiduras de ovejas, y son lobos robadores, por sus frutos los conoceréis*². Los frutos de ellos son dejar el ánima con desasosiego e inquietud.

² *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 15s).

Toda cosa que aparta de la humildad —y de esta paz y sosiego interior— es una especie de cualquier cosa, es profeta falso y lobo robador, porque en figura de oveja te viene a robar y privar de la humildad y de esta quietud tan necesaria al que quiere aprovecharse; y acaece que, lo que en muchos días se ha ganado y con gran esfuerzo, en breve espacio se pierde: y es robo de estos lobos. Y cuanto más muestras de santidad tuviese la cosa, tanto más ha de ser examinada, y esto con mucho sosiego y quietud interior, como ya está dicho. Y si alguna vez en algo de esto faltares, no te turbes, sino humíllate ante el Señor y conoce tu flaqueza; y toma aviso para más adelante, porque por ventura lo permite el Señor, para humillar alguna soberbia que en ti está escondida y que tú no conoces. Si alguna vez las centellas³ de los vicios tocaren tu ánima, no te turbes, sino vela sin descuidarte y aparta el espíritu suavemente. Ponlo en una paz quieta; ni te turbes, ni te alteres, ni te alegres, ni te enojos, sino guarda tu ánima, pacífica y limpia, para Dios, el cual hallarás en tus entrañas certificándote que la intención divina es siempre para nuestro provecho.

³ *Centella* significa, no sólo un rayo o una chispa que salta de una hoguera, sino, en sentido figurado, «reliquia o huella de algún sentimiento o pasión».



CAPÍTULO V

DE CÓMO EL ÁNIMA SE HA DE CONSERVAR EN SOLEDAD PARA QUE DIOS OBRE EN ELLA¹

Debes tener en gran estima tu ánima, porque es templo donde Dios se aposenta y mora. Tenla en tanto precio que no la dejes mezclar con ninguna otra cosa; ten sola tu esperanza en la venida del Señor, que sola la quiere hallar de pensamientos, sola de querer, sola de deseos, sola sin voluntad. Nunca busques indiscretamente, sino con consejo de tu padre espiritual, trabajos que padecer por Dios; mas disponga Él tu voluntad a padecer por su amor lo que Él quiere y como

¹ *Que el alma debe conservarse sola y desnuda para que Dios obre en ella*, Scupoli, p. 329.

quisiere. Nunca hagas lo que querías, mas Dios haga lo que quisiere en ti.

Tu voluntad siempre esté suelta² en todo; y tu querer suelto, digo, que no quieras ninguna cosa y, cuando quisieres, sea de manera que si no se hace lo que tú quieres, sino lo contrario, no te dé pena, sino que tan quieto quede tu espíritu como si no hubieras querido nada. Esto es verdadera libertad, no atándote a ninguna cosa. Sola quiere Dios tu ánima, para obrar en ella sus grandiosas maravillas. ¡Oh soledad, donde se edificará la alta ciudad de Jerusalén! ¡Oh destierro de alegría! ¡Oh yermo, donde con tanta facilidad podemos gozar de Dios! No te pares en este camino; descázate y entra, que tierra santa es³. A ninguno te pares a saludar en el camino⁴, deja a los muertos que entieren sus muertos⁵. A tierra de vivos vas, no tiene parte contigo la muerte.

² Léase libre en vez de suelta.

³ Cfr Ex 3, 5, donde Moisés se acerca viendo arder la zarza sin consumirse y oye: *No te acerques aquí, quita las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra sagrada.*

⁴ Cfr Mt 10, 5ss.

⁵ Cfr Mt 8, 21ss.: *Sígueme y deja a los muertos sepultar a sus muertos.*

CAPÍTULO VI

DE LA PRUDENCIA QUE SE DEBE TENER EN EL AMOR DEL PRÓJIMO PORQUE NO ESTORBE ESTA PAZ¹

La experiencia te mostrará que esta vía es muy clara para la vida eterna, porque se infundirá en tu ánima la caridad y amor de Dios y del prójimo. Fuego dice el Señor que vino a poner en la tierra, y no quiere sino que arda². Y aunque el amor de Dios no tiene límite, el del prójimo sí y, si no lo tomas con templanza y moderadamente, podría destruirte; y por edificar a otros

¹ *De la prudencia con que se debe amar al prójimo, porque no se pierda o turbe la paz*, Scupoli, p. 332.

² Cfr Lc 12, 49. *Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?*

te destruirías tú. Debes amar a tu prójimo de tal manera que tu ánima no sufra detrimento. Nunca hagas alguna cosa solo por dar ejemplo a otro, para ganar a otros; porque no sacarás de ello sino pérdida para ti.

Haz todas las cosas simple y suavemente, sin tener respeto a otra cosa³ que no sea agradar a Dios con ellas. Humíllate en todas las obras, y conocerás que poco puedes aprovechar para ti solo o para otro con ellas. Mira que no has de tener tal fervor de ánima que pierdas tu quietud y paz. Ten sed y ganas de que todos conozcan esta verdad que tu entiendes y se embriaguen con este vino que Dios a todos promete y da tan de balde. Esta sed de tu prójimo te ha de acompañar, habiéndola recibido de la mano del Señor, y no adquiriéndola con solicitud e indiscreto celo, sino si Dios la ha plantado en la soledad de tu alma, que la cogerá después, cuando quisiere.

Tú no procures ni siembres nada; ten tu alma sola y siémbrela Dios. Sola quiere Dios esta alma y desatada por todas partes, para atarla y ligarla consigo⁴. Deja que te ligue, estate sentado y ocioso en el sosiego de tu espíritu, esperando que te alquilen. Pierde todo cuidado, camina solo y desatado de todas partes, para que Dios te vista de sí, y te dé lo que debes pensar; y olvi-

³ Léase «sin mirar a otra cosa que no sea...»

⁴ Antes la soltura equivalía a libertad, ahora lo mismo. El alma sola, el alma suelta de cualquier atadura, es equivalente a una persona libre. Y la persona libre lo es para algo. ¿Para qué? Para nada, sino ¿para quién? Para Dios, un Dios personal al que vale la pena darse totalmente, como a nuestro autor.

dado de ti, sólo el amor viva en tu ánima, de manera que te quede de lo dicho que, con toda diligencia o, por mejor decir, sin diligencia alguna que te inquiete o saque esta paz, has de apaciguar tus favores con mucha templanza; y conservando Dios en ti toda paz y tranquilidad, porque este callar es dar voces, esta necesidad es la que todo lo negocia.

No es otra cosa sino entregarse el ánima a Dios, desocupada de todo; esto ha de ser sin pensar que haces tú algo porque has de entender que únicamente lo ha de hacer Dios; y de tu parte, para este silencio, no quiere el Señor sino que delante de Él te humilles y le ofrezcas una ánima desembarazada y desatada de todo lo de la tierra⁵ y con un entrañable deseo de que en ti se cumpla perfectamente la voluntad divina en todo.

⁵ Hay que dejar el alma libre y expedita de todo obstáculo y, en el fondo del alma, en la entraña más íntima, el deseo de cumplir la voluntad divina.

CAPÍTULO VII

CUÁN DESNUDA DE QUERER PROPIO SE HA DE REPRESENTAR EL ÁNIMA DELANTE DE DIOS¹

Comenzarás de esta manera, poco a poco, con suavidad, reverencia y confianza de este mismo Señor, que te llama diciendo: *Venid a mí todos los que trabajáis y yo os recrearé*². Y en otra parte dice: *Todos los sedientos venid a las fuentes de las aguas*³. Este movimiento o vocación divina debes seguir siempre, esperando, con él, los ímpetus del Espíritu Santo; porque has de ser lleva-

¹ *Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios*. Scupoli, p. 335.

² Mt 11, 28.

³ Is 55, 1.

do donde las olas —llenas de toda misericordia y nacidas del mar de la bondad divina— te llevarén.

Esto hecho, intenta esforzarte con tanta seguridad como puedas —así interior como exterior— en pensar, con todas las potencias de tu alma, en las cosas que hacen a Dios loable y deseable. Y, siempre, sin hacer fuerza a tu corazón de manera que lo puedas endurecer, porque sería un impedimento para entrar en quietud o ser capaz de ella. Toma mi consejo: acostúmbrate siempre —y otra vez digo siempre— con el deseo y, cuando pudieres, con la obra a bajar a la contemplación de la bondad divina y sus beneficios continuos y amorosos; y recibe con humildad los destilamientos que descendieren de su inefable bondad a tu ánima.

Mira, guárdate de procurar lágrimas ni otra devoción, haciendo fuerza a tu corazón; sino que en esta soledad interior sositégate esperando que la voluntad de Dios se cumpla en ti; y cuando Dios te diere lágrimas serán suaves y sin fuerza ninguna por tu parte, sino con toda humildad y serenidad; entonces con toda humildad recíbelas; y te digo que Dios obra en ti. Y nota que pierdes, si algo piensas querer o saber alcanzar; y éste es mi principio y fin, porque es llave de este negocio saber negarte ti mismo y estarte con María⁴ a los pies

⁴ Cfr Lc 10, 38–42. Marta invita al Señor a su casa, donde es recibido por los hermanos, Lázaro y María. En aquella escena se dibujan dos temperamentos distintos que han servido, históricamente, como ejemplo de los dos géneros de vida: la activa, que corresponde a Marta, y la contemplativa, de la que es tipo María; aunque realmente la vida contemplativa no sea necesariamente

de Cristo, oyendo lo que dice el Señor, y no turbado con Marta, que es tu cuerpo. Mira que tus enemigos —y el mayor eres tú— no te impidan este silencio santo. Has de ser muy avisado, que cuando vas con tu entendimiento a buscar a Dios, para reposar en Él, no has de ponerte límite, ni comparación alguna, porque sin comparación está en todas partes infinitamente, y todas las cosas están en él, y él en todas ellas. Has de considerar una inmensidad incomparable, poderosa, toda inmensa, toda infinita, toda admirable: éstas han de ser las consideraciones o admiraciones. Y has de creer que está en todas partes y que todo lo hallarás dentro de tu ánima cada vez que allí lo buscares, porque sus deleites son estar con los hijos de los hombres⁵, por hacerlos dignos de él, sin tener necesidad de nosotros.

Así, buscada con el entendimiento esta verdad, responde la voluntad en ella con la quietud que está dicha. En las meditaciones o revocaciones, no te pongas tasa, ni número, de tal suerte que vaya como obligada a hacer pensar o rezar tanto y tanto, sino con el corazón libre, de manera que, adonde hallare reposo, pare y guste del Señor cualquiera paso⁶ que él quiera comu-

pasiva. Marta, después de la corrección del Señor sigue siendo una mujer de gran actividad y, sin embargo, ha puesto en Jesús toda su fe y todo su amor. Es ella quien busca a Jesús y quien le conduce hasta el sepulcro de su hermano, mientras María permanecía en casa (Cfr Jn 11, 17-45).

⁵ Prov 8, 31: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.*

⁶ Paso. Pienso que esta palabra pudiera significar el corto espacio que se ofrece al avanzar el pie, tratando de subrayar su pe-

nicar. Y aunque se deje todo lo que tenía ordenado⁷, no hay que tener pena, sino dejarlo todo sin miedo, porque gustar al Señor y abrazarnos con él es el fin que buscamos con nuestros esfuerzos y, hallado el fin, han de cesar los medios que se ordenaban para alcanzarlo.

No hay cosa más ajena de la verdadera paz y quietud que el cuidado que se tiene en lo que se va obrando, atado el espíritu por la fuerza a hacer esto o aquello, sin que Dios pueda llevar por el camino que quisiere, sino que por fuerza ha de caminar por donde él se lo tiene imaginado, teniendo en más el cumplimiento de su voluntad que la del Señor; lo cual no es otra cosa sino buscar a Dios huyendo de Él, y querer agradar a Dios sin hacer su voluntad. Tú, si verdaderamente deseas aprovechar en este camino y alcanzar el fin deseado, no intentes ni desees sino buscar a Dios; y donde quiera que Él se te manifieste, déjalo todo y no pases de allí hasta que te dé licencia, no acordándote de que hay en el mundo cosas en qué pensar, ni en qué entender, sino solo reposar con el Señor. Cuando su

queñez. Desde luego, lo significa; decimos, p. ej.: *está a dos pasos*; pero creo que el escritor quiere decirlo en ese sentido porque Dios nos habla poco a poco y paso a paso. Así, el Señor nos va abriendo el panorama espléndido de la vida interior de modo que podamos andarlo y con sosiego, sin que nos asuste y pareciéndonos siempre hacedero.

⁷ La oración es un medio para acercarnos a Dios. Por consiguiente, aunque no salga el tema que teníamos previsto..., si nos encontramos con el Señor, que es lo buscado, podemos darnos por satisfechos.

Majestad fuere servido de ausentarse, entonces podrás volverle a buscar, continuando tus ejercicios, y siempre con el mismo intento y deseo de buscar por ellos a tu amado y, hallándole, hacer lo que hemos dicho, dejándolo todo, conociendo que se ha cumplido tu deseo.

Esto es menester que se mire mucho, porque hay personas espirituales que andan perdidas, perdiendo mucho del aprovechamiento y del sosiego por estar tan cansados con sus ejercicios. Les parece que no hacen nada si no los acaban, poniendo allí la perfección, haciéndose propietarios de su voluntad, viviendo una vida cansada de jornaleros sin poder llegar nunca al verdadero sosiego interior, que es donde verdaderamente hace su asiento el Señor⁸.

⁸ Confróntese con el siguiente texto, para advertir la tradición española del autor, que no renuncia ni al nombre de la desnudez de este amor. *Cuando ese amor crece y nos hace andar cuidadosos de servir a nuestro Señor y de quietarnos en Él, apartando de nosotros todo lo que no nos es favorable en este intento, y no tenemos cuidado de ningún provecho nuestro y amamos a Dios por sólo amigable amor, llámase éste amor desnudo, porque tiene desnudez de todo nuestro interese.* Bernardino de Laredo, *Subida del monte Sión*. Ed. BAC., p. 368.

CAPÍTULO VIII

DE LA FE QUE SE DEBE TENER AL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y CÓMO SE HA DE OFRECER AL SEÑOR¹

Trabaja por alimentar en tu ánima, cada día más, la fe en el Santísimo Sacramento, y nunca ceses de admirarte en tan incomprensible misterio, y gozarte viendo cómo se muestra Dios debajo de aquellas especies por hacerte más digno, porque bienaventurados son los que le vieron y creyeron². No quieras que se te muestre de otra manera, sino así; hasta llegar a él para que

¹ *De la fe que se debe tener en el Santísimo Sacramento del altar y de cómo debemos ofrecernos al Señor*, Scupoli, p. 340.

² Cfr Jn 20, 29. *Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron.*

su Majestad te convierta en sí y no tú a él en ti. Procura inflamar tu voluntad en él, y que él te inflame en su amor y te enseñe su santísima voluntad. Siempre, cuando te ofrecieres a Dios en sacrificio, has de estar dispuesto y aparejado a padecer por su amor todos los tormentos e injurias que te acaecieren, y todas las enfermedades de tibiezas y sequedades en la oración, y fuera de ella, que tendrás muchas. Todas las has de aceptar por buenas, y esfuérzate por no ser su causa cada día, y en abrazarlas y tenerlas por hermanas; y todo tu consuelo ha de ser padecer con tu amado y por su amor.

No seas inconstante en lo que comenzares, persevera; y si pones estos medios y trabajas por hacerlo con toda suavidad, imposible es dejar de perseverar hasta el fin, porque no sabrás vivir fuera de esta quietud, ni te hallarás una hora estando desasosegado, porque te será un tormento intolerable.

CAPÍTULO IX

QUE NO HA DE BUSCAR EL ÁNIMA REGALO,
NI COSA QUE LE DÉ GUSTO, SINO SÓLO DIOS¹

Siempre debes escoger los trabajos y huélgate² de estar donde menos amistad te tienen y donde más sujeto has de estar. Finalmente todo ha de ser causa de que vayas a Dios, sin que nadie te detenga en el camino. En esto te has de consolar, en que todo sea amargura para ti y solo Dios sea tu descanso y siempre descansen tu alma en el Señor³. Todos tus esfuerzos a este

¹ *Que no se deben buscar delicias ni cosas que den gusto fuera de Dios*, Scupoli, p 341.

² «Huélgate» equivale a «alégrate».

³ No entienda el lector, por esto, que para andar el camino cristiano debe buscar mortificaciones continuamente, sino no

Señor los encaminas, que es medianero entre Dios y los hombres. Ama a este Señor y comunícale tu corazón sin temor alguno, que él resolverá tus dudas, y te levantará cuando cayeres y te absolverá y comulgará⁴ muchas veces espiritualmente, cuantas te aparejes, porque es sacerdote eterno y, cuando tu confesor te desechare y no te quiera dar los sacramentos cuantas veces querías, ve con sed a este Señor, que aunque dio el poder a San Pedro, no se lo quitó a sí. Te concederá jubileo⁵ cada vez que a él vayas. Finalmente, si le amares, tendrás todos los bienes.

Ofrécete a Dios en sacrificio, en toda paz y quietud de espíritu; y para mejor caminar en este camino y para sustentarte en este viaje, sin cansancio ni congoja alguna, conviene que propongas y dispongas tu ánima a casa paso, ensanchando la voluntad y aparejándola⁶ para que se haga la voluntad de Dios en ti; porque si mucho vales, mucho recibirás, y a tus propósitos de-

despreciar las que el Señor envíe. En caso contrario se caería en el error señalado más arriba a propósito de la oración, que es el de buscar los medios como si en ellos estuviera el fin.

⁴ Nos puede sorprender esta expresión: «el Señor nos comulga»; efectivamente, así es: es una participación de dos o varios en algo. Vemos la acción como ejecutada por nosotros, pero también lo es por Jesucristo, que se nos da en comunión.

⁵ En el sentido de indulgencia o perdón, frente a la prohibición del sacerdote que nos desecha y niega el Sacramento. En aquellos años era muy difícil poder recibir la comunión a diario, se necesitaba un espacio de tiempo superior que, de ordinario, establecía el sacerdote.

⁶ «Aparejar» equivale a «preparar».

ben ir unidas tus obras, no sea que te acaezca lo que a san Pedro, que dijo muy determinadamente que moriría junto con Cristo, y faltó muy pronto por haber tomado él la determinación⁷ llevado por su querer y voluntad, que aunque sea buena como lo era ésta, es muy dañosa y principio de gran caída si nuestra voluntad se atreve a pensar o querer algo sola, sin ayuda divina.

A ti nunca te falte querer y nunca quieras nada: tu querer ha de ser totalmente libre —en la manera que está dicho y lo torno a decir siempre—: en cada paso determínate, con todas tus fuerzas, a ser agradable a Dios; y nunca te ates a cosa alguna que, fuera del instante en que estás, hayas de hacer; mas consérvate libre. No se veda por esto a cada uno que, con prudente solicitud, se maneje en lo que considere necesario en su estado, porque este obrar es de Dios y según Dios; y así no impide la paz y el verdadero aprovechamiento espiritual⁸. En todas las cosas propón, y haz luego, lo que dentro de ti se puede hacer y de fuera no quieras nada. Lo que en este instante puedes es ofrecer a Dios tu voluntad, más no quieras ni desees otra cosa. Sé como un pobre, que de sí no se conoce ser impertinente, y gozarás siempre y, al instante, tendrás

⁷ Mt 26, 33-35: *...aunque tenga que morir contigo, no te negaré*; y Mt 26, 69-75: las negaciones de san Pedro.

⁸ Decíamos en la Introducción que el libro se dirige a todos; efectivamente el autor escribe para los que, desde el corazón del mundo, desean amar a Dios. Están en el centro de la creación, ¿no es lógico que desde ella se pueda caminar hacia Dios, para pedirle ayuda, para adorarlo y para agradecerle?

esta absoluta libertad, que te puede acompañar en todo tiempo.

De manera que en esta libertad de espíritu está la llave de tu perfección y, todo el tiempo que fueres de esta manera libre, gozarás de este cautiverio divino y suave.

CAPÍTULO X

QUE NO DESMAYE EL ALMA, AUNQUE SIENTA EN SÍ
REPUGNANCIA O ESTORBO PARA ESTA PAZ¹

Pero mira que muchas veces te hallarás turbado y privado de esa soledad y libertad, y los torbellinos de tus movimientos levantarán en el ánima polvo de turbación, pero enviará el Señor rocío del cielo con que la tierra seca de tu corazón dé fruto; y no solamente se matará el polvo con este rocío, sino que nacerán de nuevo flores, y suave olor con que te hagas cada día más agradable y apacible a Dios; y ésta es la batalla con

¹ *Que no debe acobardarse o perder ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia, perturbación y dificultad para la paz interior, Scupoli, p. 344.*

la que los santos sacaron coronas y grandes merecimientos. En todas las cosas que te turben, di: *Señor, ves aquí a tu siervo, hágase en mí tu voluntad. Yo creo, Señor, que tu verdad no ha de faltar para siempre, y en ella me confío. Veme aquí, haz de mí lo que quisieres, que no hay impedimento ninguno: solo estoy para ti.* Bienaventurada el alma que así se ofreciere en sacrificio a Dios cada vez que se desasosiega; y si se alargara el tiempo de esta batalla, y no pudieres conformar tu voluntad con la de Dios tan brevemente como querías, no por eso desmayes, que ésta es la cruz que Cristo te manda llevar y seguir, y él la llevó para tu ejemplo; sino mírale la batalla que tuvo en el huerto y, con su humanidad rehusando, decía: *Padre mío, si es posible, pase de mí este Cáliz*². Pero luego volvía a poner su alma en soledad, porque este querer de Cristo era suelto y libre, y así decía con profunda humildad: *No se haga mi voluntad sino la tuya.*

Ésta es la conducta que has de sacar de nuestro dechado Cristo, que todo se nos dio en ejemplo; y no desmayes viendo que querías muchas veces excusar y huir de los trabajos; mas persevera en oración y humildad hasta perder tu voluntad y querer que se haga la de Dios en ti. Trabaja porque ninguna cosa more en tu ánima, ni aun por breve tiempo, sino solo Dios. No tengas hiel ni amargura en ninguna cosa, ni pongas los ojos en las malicias y malos ímpetus de los otros, mas así como niño, sin dolor ni acedia, pasa por todo, sin lesión tuya.

² Lc 22, 42.

CAPÍTULO XI

DE LA DILIGENCIA QUE TIENE EL DEMONIO
PARA ESTORBAR ESTA PAZ, Y LA QUE NOSOTROS HEMOS
DE TENER EN GUARDARNOS DE SUS ASECHANZAS¹

Como la costumbre de nuestro adversario es buscar a quien devorar², lo que él querría de ti es que te apartases de la humildad y la simplicidad; sobre todo que te atribuyas algo a ti mismo o a tu industria o a tu diligencia, y juzgases a los otros, creyendo que tú eres más diligente y que te dispones para recibir los dones del Señor, y, por ello, menosprecies a alguien en tu

¹ *De la diligencia que usa el demonio para turbar la paz interior, y cómo debemos guardarnos de sus engaños*, Scupoli, p. 346.

² Cfr I Pe 5, 6: *Sed sobrios y vigilad que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar.*

pensamiento, porque con estas cosas luego hallaría entrada en tu ánima, ya que la puerta por la que él más desea entrar es la de nuestra propia estimación.

Si no estás muy sobre aviso y te revuelves con suma brevedad, y te deshaces y aniquilas —como ya está dicho—, fácilmente te hará caer en la soberbia como a aquel fariseo de quien habla el Evangelio, que se glorificaba de sus bienes y juzgaba los males ajenos³. Y si por esta vía tomase posesión de tu voluntad, se hiciese señor de ella, metiendo todo linaje de vicio, sería grande el daño y peligro; por ello nos enseñó el Señor a velar y orar⁴. Es pues menester que con todo cuidado estés sobre aviso, para que el enemigo no te prive de tan gran tesoro como es la paz y la quietud del alma; porque, con todas sus fuerzas, en lo que más trabaja es en quitar este reposo y hacer que el alma viva en desasosiego, donde él ve que está toda la perdición y daño; porque un alma que esté con sosiego toda cosa obra con facilidad, hace mucho y bien hecho, persevera, fácilmente resiste a todo estorbo; y al contrario, si está turbada o inquieta, ninguna cosa hace bien, porque hace poco e imperfecto; se cansa luego y vive un martirio desaprovechado.

Tú, si quieres salir con victoria y que el enemigo no estorbe tu granjería⁵, en ninguna cosa has de estar más

³ Cfr Lc 18, 9-15.

⁴ Cfr Mt 24, 42ss.; Lc 12, 35ss.

⁵ Granjería o ganancia. Granjería: *ganancia obtenida de las haciendas o de traficar*. (MARÍA MOLINER: *Diccionario de uso del español*.)

advertido que en no dejar entrar turbación en tu alma, ni por un momento consentir que esté inquieta. Porque mejor te sepas guardar de sus engaños en este caso, toma por regla cierta que todo pensamiento que te aparta de amar más y confiar más en Dios es mensajero del infierno, y como tal le has de dar de mano⁶ y no admitirlo, porque el oficio del Espíritu Santo no es sino acercar las almas cada vez más a Dios, encendiéndolas en su amor, poniendo en ellas nuevas confianzas; y el del demonio siempre es al contrario, y así se aprovecha de todos los medios que puede para este fin, como es poniendo miedos, agravando demasiado las flaquezas ordinarias, dando a entender que no se dispone el alma como debe, así para confesar como para comulgar y orar.

Así, le hace andar siempre desconfiada, medrosa y turbada. Las faltas de devoción, y el gusto en la oración y en otros ejercicios, las hace tomar con impaciencia, dándoles a entender que de aquella manera va todo perdido y que más valía dejarlo; y, finalmente, les pone en tan gran desasosiego y desconfianza, que piensan que todo cuanto hacen va desaprovechado y sin fruto, por donde se les aumenta el desconsuelo y el miedo, casi pensando que están ya de Dios olvidadas;

⁶ La expresión *dar de mano* ha sido incluida en el Diccionario de la Real Academia bastante recientemente, con el significado de descansar o cesar en el trabajo, acabada la jornada; sin embargo se utiliza aquí con el sentido de rechazo. *Dar de mano al enemigo*, en este caso, el diablo.

pero la verdad es lo contrario, porque son innumerables los bienes que de las sequedades y faltas de devoción se sacan, si el alma entiende lo que Dios con esto pretende, con solo haber de su parte sufrimiento y perseverancia en el orar. Porque —como dice San Gregorio— gusta mucho Dios de la oración, hecha con fe y confianza, aunque el alma en ella esté seca y de todo gusto privada, si con verdadera felicidad persevera; aunque esté amarga y distraída, y a su parecer no puede pensar cosa que sea acertada, no es oración perdida, porque la misma tribulación, con paciencia sufrida delante de Dios, ora y negocia, y aquella amargura de la tribulación resplandece ante el Señor y, según el mismo San Jerónimo, más que otro ejercicio inclina hacia Dios y, a nuestro modo de hablar, fuerza para que Él nos favorezca.

De donde se sigue que ninguna obra buena se ha de dejar, por más loca e inquieta que se halle el alma, porque cuando la dejamos estamos haciendo lo que quiere el demonio y nos privaría de un maravilloso fruto. Y porque mejor lo entiendas y lo bueno y provechoso no sirva para hacerte daño por no comprenderlo tú, brevemente pondré aquí los bienes que vienen por la humilde perseverancia en estos secos y amargos ejercicios para que, entendido, no pierdas la paz por ellos.

CAPÍTULO XII

DE CÓMO NO SE DEBE DESASOSEGAR EL ALMA POR LAS INTENCIONES INTERIORES¹

Infinitos son los bienes que causan en el alma las amarguras y sequedades espirituales, si son con humildad y paciencia recibidas. Y si éstas encendiesen el alma no tendría tanta inquietud y pena con ellas. Aunque otra cosa no hubiese, bastaría saber que las más de las veces Dios las envía y las quiere, no para que nos fuesen materia de tristeza y desconsuelo, sino muy de veras por lo contrario; y así las habíamos de tomar, no como señales de odio o de aborrecimiento que el

¹ *Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores*, Scupoli, p. 351.

Señor nos tiene, sino de su gran amor; y recibirlas como señalada merced que Él nos hace. Se ve esto muy claro si miramos que semejantes cosas no pasan sino a los que más se quieren señalar en el servicio de Dios y se apartan de las cosas que son camino de ofenderle, porque nunca vemos que los grandes pecadores, y muy metidos en las cosas del mundo, se quejen de semejantes tentaciones.

Parece, por tanto, claro que es fruta con que Dios convida a los que bien quiere y que —aunque a nuestro gusto sea desabrida—, sin echarlo de ver, extrañamente nos aprovecha por más fea y espantable que la tentación sea; y aunque sea tal que, solo en la imaginación, nos asombre y escandalice, porque cuanto mas horrenda y torpe es la tentación, tanto más espanta, aflige y humilla, y tanto más aprovecha para lo que Dios pretende; aunque entonces menos el alma lo entienda, y por esto más lo aborrezca.

Así huye de caminar por tal camino, porque nunca querría carecer de gusto y consuelo, teniendo todo lo demás por tiempo perdido y trabajo desaprovechado.

CAPÍTULO XIII

DE CÓMO EL SEÑOR DA PARA NUESTRO BIEN ESTAS TENTACIONES¹

Los hombres somos naturalmente soberbios, ambiciosos y amigos de nuestro parecer, por lo cual siempre presumimos de nosotros más de lo que somos, y esta estimación es tan peligrosa para el verdadero aprovechamiento espiritual que, solo su olor, es suficiente para que nadie pueda llegar a la verdadera perfección. Por ser tan peligrosa tiene el buen amigo Dios tanto cuidado de ponernos en situación de que podamos salir de tanto peligro; y —casi necesitados— ven- gamos a tener verdadero conocimiento de nosotros mis-

¹ *Que Dios nos envía estas tentaciones para nuestro bien*, Scupoli, p 352.

mos, como hizo con el apóstol S. Pedro, permitiendo que le negase, para que así se conociese y no confiase más en sí².

Al apóstol San Pablo le fue por Dios dada una molesta tentación de la carne³, porque conociendo la flaqueza natural, se humillase y las muchas revelaciones que Dios le había hecho no le ensoberbeciesen —como él mismo dice— y, así, por consiguiente, se apiada de nuestra miseria y perversa inclinación, permite que nos vengan tentaciones horribles, feas y de muchas maneras, para que con ellas quedemos humillados, y reconocidos, aunque a nuestro parecer estemos desaprovechados.

Aquí se muestra su bondad y sabiduría que, con aquello que a nuestro parecer más nos daña, más nos aproveche, porque aquello que más nos humilla es de lo que tiene más necesidad nuestra alma, ya que acontece ordinariamente que el que siente en sí semejantes pensamientos y tantas indignaciones y sequedades de espíritu, piensa que aquello viene de su mucha imperfección, y que no puede haber nadie que tenga ánima tan desbaratada y sirva a Dios con tanta flojedad y tibieza: le parece que tales maneras de pensamientos no vienen sino en gente perdida. Donde se sigue que, el que antes pensaba ser algo, ahora, con esta medicina que le ha venido del cielo, se tiene por el peor del mun-

² Cfr la triple negación de san Pedro, en Mt 26, 69-75; Mc 14, 66-72; Lc 22, 55-62 y Jn 18, 15-18 y 25-27.

³ Cfr Rom. 7, 23-25 y II Cor, 12, 7-10.

do, indigno aun del nombre de cristiano, y nunca hubiera llegado a tal estimación, y a humildad tan profunda, si la gran tribulación y muchas tentaciones, espantosas y extraordinarias, no le forzaran; lo que es una extraña merced que Dios hace en esta vida al alma que Él sabe estar de tal medicina necesitada. Más allá de este fruto —que este tipo de tentaciones y faltas de devoción causan en nuestra ánima— hay otros muchos porque, al que así anda atribulado, casi le es forzoso ir a Dios y buscar las virtudes, como buscando remedio a este esfuerzo; y por verse libre de tal martirio como su ánima pasa, tiene por bien huir de todo pecado y todo lo que parece ser imperfecto, y así le sirve la tribulación —que a su parecer le hacía mucho daño— como espuelas para, con más fervor, buscar a Dios y apartarse de todo lo que piensa ser ajeno al querer divino.

Finalmente, es un purgatorio amoroso la tribulación y fatiga que pasa el alma con las tales tentaciones y faltas de devoción, si las sufre con humildad y paciencia —como ya está dicho—; y aun le sirven de maravillosas coronas en el cielo. Todo esto he dicho para que se entienda cuán poca razón hay para turbarnos, ni entristecernos con las indevociones y tribulaciones espirituales; ni perder la paz en ellas como lo hacen las personas poco experimentadas, que lo que viene de mano de Dios lo atribuyen al demonio o a sus pecados e imperfecciones; y las señales de amor las toman por señales de odio; y los regalos y favores divinos piensan que son aborrecimientos y muestras de olvido, pensando que todo cuanto hacen es perdido y sin mereci-

miento, y aun pensando que ya no tiene remedio su perdimiento, cuando en realidad no hay nada perdido y sean todo señales de muy grande acuerdo con Dios.

Si esto acabasen de creer, ni se desasosegarían ni perderían la paz por verse tentados o atribulados con muchas y diversas tentaciones e imaginaciones, ni por verse con sequedad o falta de devoción en la oración y otros santos ejercicios; sino, en ese momento —con nueva perseverancia—, humillar su alma delante del Señor, proponiéndose en todo y por todo cumplir el querer divino de cualquier manera que el Señor se quiera servir de nosotros en este mundo; y esforzarse por conservar íntegramente su quietud y sosiego, tomando cuanto le llegare como venido de la mano del amoroso Padre del cielo, que, en lugar de tristeza y desconsuelo, quiere hacerle nuevas gracias con entrañable regocijo. Y perseverar en esto hasta que pueda hacerlo con toda paz y reposo, sin andar perdiendo tiempo.

CAPÍTULO XIV

DEL REMEDIO QUE HA DE TENER EL ALMA PARA
NO SE INQUIETAR EN SUS CULPAS Y FLAQUEZAS¹

Y si alguna vez cayeres en alguna flaqueza o descuido, de obra o de palabra, como enojándote por algo que te acontezca, o murmurando u oyendo murmurar; derramándote en risa, en otra curiosidad, sospechando alguna cosa mala de otro o por cualquiera otra vía cayeses, sea una vez o sean varias, aunque sean muchísimas las veces en que has caído en lo mismo, y aunque hubieses determinado y propuesto luchar y no volver a caer, no te debes turbar ni desconfiar ni caer

¹ *Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras culpas y flaquezas*, Scupoli, p. 356.

en desconsuelo tratando de lo pasado, infundiéndote nuevos dolores, pensando que nunca te has de acabar de corregir; pareciéndote que no haces lo que debes para ello, ni te esfuerzas como debes, porque si lo hicieras no caerías tantas veces como caes cada día; y en ocasiones cuanto más lo propones, más inconstante te hallas, de donde viene el entristecerte y el desconfiar, cargando el ánima de mil temores; unas veces, como se ha dicho, pensando que nunca has de salir de semejantes flaquezas, otras veces que tu imperfección es la causa y tu flaca voluntad; otras se te representa que no andas de veras en servicio de Dios y te da vergüenza llegar ante Dios o ponerte en su presencia, como si no le hubieses guardado lealtad².

De aquí que estos tales pierdan mucho tiempo pensando esto³; fabricando cuánto fue el detenimiento y

² Es rasgo muy típico el esconderse de Dios y sentir pudor y vergüenza después de haber faltado, grave o levemente. Este esconderse puede ser poniendo justificaciones, pensando voluntariamente en otras cosas o buscando evadirse de cualquier juicio personal en la presencia de Dios. Es, exactamente lo que hicieron Adán y Eva, ocultándose del Señor que pasea por el Edén (cfr Gen 3, 8).

³ Inmediatamente pasa Juan de Bonilla a hablar de la mente escrupulosa, sin hablar de escrúpulos; pero —nos dirá Diego de Zúñiga, en un castellano encantador— que *propiamente quiere decir china o pedrezica que se suele entrar en el zapato, de manera que da desabrimiento al pié; y a similitud de esto se aplica y toma por escrúpulo de la conciencia, que suele dar pena y desasosiego a los pies del ánima*. (ZÚÑIGA, Diego de. *Instrucción y refugio del ánima y conciencia escrupulosa y temerosa de Dios*. Salamanca, 1552. BN sig, R/ 4149; fol. 25v).

hasta dónde llegó la culpa y si en el consentimiento se detuvo a sabiendas, si lo quiso o no lo quiso, si lo despidió o voluntariamente lo detuvo; y mientras más piensan menos entienden, y más se entristecen, de donde viene el desasosiego para confesar, van con miedo al sacramento tras haber perdido mucho tiempo; y, después de haberse confesado, tampoco pueden tener el espíritu quieto por parecerles que no lo han dicho todo o no lo han dicho por entero, y así viven vida infeliz, amarga e inquieta, dejando de aprovechar y perdiendo gran parte del merecer y todo por no entender su flaqueza natural y también por no saber la manera como con Dios han de negociar⁴.

Con el cual, después de haber caído en todas las flaqueza dichas, y en cualquier otras, más fácilmente se negocia con una amorosa conversación que no con la tristeza y desconsuelo que se toma con haber caído en aquella culpa. Deténganse en el examen, especialmente en las culpas veniales y ordinarias, y cuando se vieren en alguna inquietud, bástales tomar parecer de alguna persona docta o de su propio confesor. Digo aún más, esta conversación amorosa y confiada con Dios

⁴ Es algo que, de ordinario, depende de un modo psicológico de ser, el llamado por los médicos, psicosis obsesiva. Puede también provenir de una deformación espiritual. Sea por la razón que fuere sólo se puede corregir mediante una dirección espiritual en la que el alma se someta, con absoluta fidelidad y obediencia, a lo que le propongan y sin caer en el error —el mismo error— de buscar en otros el consejo que ya ha recibido y que no le satisface, al sentirse culpable.

se ha de entender, no solo referida a las culpas veniales y cotidianas, sino también en las mayores, si alguna vez el Señor permitiese que cayesen en ellas; aunque fuese muchas veces, y aunque no fuese por flaqueza, sino cometidas por malicia, pues la contrición sola, con ánimo turbada y escrupulosa, nunca pondrá en estado perfecto al alma, si no se junta con ella esta confianza amorosa de la bondad y misericordia de Dios⁵.

Esto, muy más particularmente, es menester en las personas que desean, no solo salir de sus miserias, sino aprovechar en las virtudes y amor de Dios, lo cual muchos no quieren acabar de entender, trayendo sus espíritus tan caídos y desconfiados que apenas pueden pensar cosa buena, y así viven una vida que es lástima, por no querer sino seguir su imaginación propia, dando de mano a la verdadera y saludable doctrina.

⁵ El arriba citado Diego de Zúñiga da tres remedios para vencer los escrúpulos, que están en consonancia con lo que acabamos de leer: Primero, volver a Dios (fol. 63ss), nos dirá; segundo la oración (fol. 64) y, en tercer lugar, el amor a Dios: *es la gran confianza que se debe tener en el amor con que Dios nos ama y en la amistad que con él tenemos, para vencer con esta consideración todos cuantos escrúpulos se nos pusieran delante* (fol. 67). Es decir, los escrúpulos se vencen en el coloquio íntimo y amistoso que es la oración.

CAPÍTULO XV

DE QUÉ MANERA SE DEBE QUIETAR A CADA PASO
EL ALMA SIN PERDER TIEMPO NI APROVECHAMIENTO¹

Toma, pues, esta regla para todas las veces que hubieras caído en algún defecto, grande o pequeño; aunque lo hubieres cometido cuatro mil veces en aquel día; y aunque no fuese ocasionalmente por flaqueza, sino porque voluntariamente lo quisiste hacer.

Sea ésta la regla —la cual infaliblemente has de guardar— que, viéndote en la culpa o defecto caído, no te quedes turbado, ni inquieto, ni deteniéndote mucho, sino que enseguida, conociendo lo que has hecho,

¹ *Que el alma debe quietarse en las caídas y fallos, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual, Scupoli, p. 363 a 365.*

confiadamente y con humildad, mirando tu flaqueza, pongas los ojos en Dios amorosamente y con la boca o con el pensamiento, digas: *Señor, yo he hecho como quien soy, de mí no había que esperar otra cosa, sino estas faltas, y otras, y no me detendría solo en esto, si vos me hubierais dejado. Os doy infinitas gracias por ello, y de lo cometido me pesa. Perdonadme por ser vos quien sois, y dadme gracia para que no os ofenda; y, seamos amigos.*

Y hecho esto, no pierdas tiempo con inquietudes, pensando que el Señor no te ha perdonado, sino que, con este reposo, ve de tal manera adelante con tus propósitos y tu lucha como si no hubieras caído en ningún defecto; y esto, como digo, una vez y cien veces si fuera menester; cada instante, y con la misma confianza y reposo la postrera vez que la primera, porque después de hacer en esto a Dios particular servicio, hay otros mil bienes; porque ni estorba al alma el aprovechamiento ni se pierde el tiempo en lo escusado² y sin fruto; y con mucha más ganancia y perfección se sale del pecado. Lo cual querría yo que acabasen de creer y entender los inquietos y desasosegados, y verían cuán diferente es la paz de su espíritu y cuán grande es la ceguedad de los que, tan a su daño, andan siempre perdiendo el tiempo. Nótese esto mucho, porque está

² *Escusado*: Escondido, en el sentido de que no se puede conocer. El escrupuloso pierde el tiempo sin fruto alguno intentando averiguar lo que debe dejar confiadamente a la misericordia de Dios.

aquí la clave del verdadero aprovechamiento; y aun de alcanzarlo en breve tiempo.

Aquí faltan otros avisos necesarios para llevar adelante esta lucha, que por la prisa no ha habido lugar; yo los daré después que estos se hayan aprovechado. Léase esto despacio, y con deseo de sacar fruto, que el Señor por su bondad lo dará más de lo que los hombres sabemos pensar ni entender.

Es menester que se advierta que esto no se escribe sino para gente que trata vida de particular aprovechamiento, y está muy fuera de culpas mortales; porque para los que viven en éstas descuidados, ofendiendo a cada paso a Dios, no es ésta medicina que tengan por qué turbarse, y muchas veces lloran sus pecados y han de tener gran cuenta en confesarlos, de manera que por su descuido o flojedad, no les falte el remedio.

ADVERTENCIAS
PARA EJERCITARSE EN OBRAS,
DE MANERA QUE SEAN A DIOS
MUY AGRADABLES
Y AL HOMBRE MUY MERITORIAS

Divídense en seis puntos, con un ejercicio muy devoto

Sacadas a luz por el
Caballero Jacobo de Gracia

INTRODUCCIÓN A LAS ADVERTENCIAS DE JACOBO DE GRACIA

Jacobo de Gracia es una figura muy distinta a Juan de Bonilla, aunque coincidan en el tiempo. Nacido en Módena, el año 1517, murió en Madrid en 1619, es decir, ciento dos años más tarde. Doctor en derecho por la Universidad de Bolonia, en la que conoce a Juan Bautista Castagna, futuro Cardenal de San Marcelo y, más tarde, papa Urbano VII. Le acompaña en la carrera diplomática durante cerca de cuarenta años, participando en los principales acontecimientos de la época: tratados con Francia, discusiones en Alemania sobre la cuestión de Flandes, concilio de Trento, formación de la Liga Santa de cara a la batalla de Lepanto, la cuestión de Bartolomé de Carranza... Tiene relación estrecha con muchos personajes del momento: de la familia real española, con Felipe II, Isabel de Borbón, la princesa Juana, Isabel Clara Eugenia, Felipe III, la Empe-

ratriz María; con los pontífices Gregorio XIII, Pío V, Clemente VIII (de quien era pariente), Inocencio IX, Sixto V, Paulo V; y, asimismo, fuera de éstos, tuvo amistad con san Simón de Rojas, san Bernardino de Obregón, san Carlos Borromeo, san Francisco Caracciolo, a los que sigue, lógicamente, un largo etcétera, que nos basta para evitar meternos en otros sujetos de la vida eclesiástica y, sobre todo, civil. En Madrid es conocido como fundador del Carmen Calzado (actual iglesia del Carmen, en la calle del mismo nombre), de dos hospitales hoy desaparecidos (el de Convalecientes y el de Italianos), del Colegio de niñas de Loreto, de las monjas de la Concepción Francisca (conocidas como de Caballero de Gracia); y sobre todo de la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento de Caballero de Gracia, que tiene su sede en el Oratorio de su nombre, levantado por Juan de Villanueva, a la vez que edificaba el Prado y el Observatorio Astronómico. En él estuvieron de Padres o Hermanos mayores personajes como Lope de Vega, Nicolás Antonio, Agostinho Barbosa, Gabriel Bocángel... entre los clásicos, y en la época más reciente otros como el marqués de Cubas. Se ordenó como sacerdote a los 70 años. Escribió su biografía, inmediatamente después de su muerte, Alonso Remón.

No se conocían sus obras, sólo que le gustaba escribir y que lo había intentado en algunas ocasiones. El descubrimiento de la presente obra ha sido un encuentro inesperado, pero que refleja perfectamente el modo de ser del Caballero de Gracia. Se trata de seis advertencias que nos hace, no sabemos en qué época de su vida, quizá al final, pero con marcado aire secu-

lar. No podía ser de otra manera tratándose de una persona de sus relaciones, movimientos, fama y nombre de caballero, en un mundo de caballeros.

Su corto trabajo se limita a recordarnos que debemos ser santos, pero con una santidad no común, tratando de llegar al cielo; para ello hay que buscar la voluntad de Dios y quedar muy apretadamente en Él y vivir, valorándolas, las cosas pequeñas como resaltó Jesús al señalar con su dedo a la anciana que había echado calderilla en el templo. Pero puso todo su amor, haciendo con ello grande su obra, pues lo que cuenta es la voluntad del donante.

¿Nos equivocamos? Muy frecuentemente, pero siempre —afirmará el Caballero— se puede rectificar, pedir perdón, proponernos de nuevo la lucha; y, siempre, crecer más, luchar más, amar más.

Sigue, a estas advertencias, un breve catecismo sobre los actos de contrición, que es un ejemplo de sencilla claridad. En poco menos de veinte preguntas con sus respuestas nos dice lo fundamental con amplitud, dejando que adivinemos su presencia en la tercera sesión del Concilio de Trento, porque aprovecha este medio para extender la doctrina, que entonces no estaba tan clara.

Jacobo de Gracia, Gratii en italiano o —como él firmaba con un deje de antigüedad— Gratiij, se hizo español voluntariamente. ¿Qué pudo inclinarle a ello? Se ignora, pero viendo la trayectoria de su vida es fácil advertir que le atraía la cultura que entonces despertaba, que es la barroca del siglo de oro español, básicamente religiosa. Pienso que debía respirar el aire del

recogimiento, sobre todo por sus amistades. Había creado una Congregación que fue uno de los principios de este tipo de entidades en España¹; él, que hablaba de la música que llenaba algunos días su iglesia como de *oración recreativa*; él, sin duda alguna, leyó parte de la mucha y buena literatura espiritual que se publicó desde la segunda década de aquel siglo, por lo que es de justicia que se le publique pasados los años.

¹ Cfr. LEÓN PINELO, A. de, *Anales de Madrid*, Madrid 1658. año 1619.

PRIMER PUNTO

ADVIERTA, primeramente, el que desea de veras aprovechar en el camino de las virtudes, que es voluntad de Dios que el hombre sea santo y bueno. Así lo dice el Apóstol: *Haec est voluntas Dei sanctificatio vestra*¹. Mirad que la voluntad de Dios es que seáis santos; y que gusta mucho que seáis buenos. Hay muchos lugares en la Divina Escritura que enseñan esta verdad; solo citaré el Levítico: *Eritis mihi, sanctus sum ego Dominus, et separavit vos a ceteris populis, ut essetis sancti*².

¹ I The 4, 3: *Haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra*. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.

² Lev 20, 26.

Sed santos, porque yo vuestro Señor lo soy. Y sabed que os escogí y separé, eligiéndooos entre los demás pueblos, para que fuerais santos. Y esto, no tanto para el bien de los devotos, sino sed santos —*mibi*³— para mí

³ La apreciación del *mibi* nos parece una sutileza espléndida por parte de Jacobo de Gracia, que se vale de ella para evitar rodeos. Le será de utilidad más adelante.

⁴ La vocación del cristiano es una llamada divina. Con esto no manifiesto ninguna novedad; pero será bueno recordarlo: que *de Él* es la iniciativa, que Él es quien nos llama y nosotros acudimos a ella. Como Samuel, niño aún, respondiendo: *Aquí estoy, vengo porque me has llamado* (Sam 3, 8).

SEGUNDO PUNTO

ADVIERTA que no se ha de contentar solamente con ser santo —que consiste en no cometer pecado mortal y estar en gracia y amistad con Dios— sino que además de esto ha de procurar ser perfecto, no admitiendo pecados veniales, ni imperfecciones voluntariamente, porque ésta es la voluntad de Dios¹. Así lo dice aquel maestro del cielo, Jesucristo, por san Mateo: *Esto-*

¹ Entiende el Caballero de Gracia que el público que le lea no se contente con la santidad común de un alma buena que se confiesa de sus faltas, lleva una vida mediocre y acaba en el cielo después de un purgatorio, más o menos largo. Quiere que se dé cabalmente cuenta de que la vocación cristiana no es una llamada a la mediocridad, sino a la santidad heroica.

*te ergo vos perfecto, sicut Pater vester coelesti perfectus est*². Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial. No sé yo qué más altamente podía encarecer Cristo, nuestro Bien, la gran perfección que desea en nosotros que con estas palabras, pues no dice *sed perfectos* solamente —o si añadiera algo, le bastaría decir *como un Serafin*—, sino como vuestro Padre que está en los cielos; como si dijera que, en cuanto fuera posible de nuestra parte, procuremos ser perfectos, como hijos de tal Padre³.

² Mt 5, 48: *Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est*. Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Las incorrecciones del texto (*perfecto, coelesti*) se dejan así, estando seguros de ser fallos de imprenta, más que de la memoria del Caballero, ya que era un perfecto latinista.

³ Este estilo de exégesis —fijándose en el valor de la palabra— parece muy propio del autor, semejante al ya indicado a propósito del *mibi*. Escucha a Dios que habla y, como siempre que escuchamos a alguien, lo que pretende es entender lo que quiere decirle.

TERCER PUNTO

ADVIERTA que el fin que ha de poner a todas sus obras ha de ser el más alto y mejor, porque como todas nuestras acciones no tienen más bondad, o malicia que el fin con que las hacemos, hemos de mirar el fin que les ponemos, porque según él fuere así serán nuestras obras. Y así, todo lo que se hiciere, dijere o pensare ha de ser por fin de dar gusto a Dios, porque su Majestad lo quiere, lo manda y lo ordena. Así lo dice el Apóstol: *Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere omnia in nomine Domini nostri Iesu Christi facite*¹. Todas vues-

¹ Col 3, 17: *Omne, quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Iesu Christi, gratias agentes Deo et Patri*

tras acciones, así de palabra como de obra, sean en nombre de Jesucristo y a gloria y alabanza suya. Y tratando de una cosa tan necesaria, como es el comer y el beber, dice que se haga en nombre del Señor: *Sic manducatis, aut bibetis, aut aliquit aliud facitis, etc.*² Y a los Romanos, dice: *Qui manducat Domino, manducat gratias eum agit Deo; et qui non manducat Domino, non manducat et gratias agit Deo*³. El que come y el que ayuna, lo hacen por agradar a Dios, pues por servirle comemos y ayunamos. Y como Dios es infinitamente bueno, será mejor la acción que se allegare más a Él y le mirare más de cerca llevando, gracias a su fin, el gozo y el contento del Señor⁴.

per ipsum. Y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre.

² I Cor 10, 31: *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite*. Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.

³ Rom 14, 6: *Et qui manducat, Domino manducat: gratias enim agit Deo. Et qui non manducat, Domino non manducat, et gratias agit Deo*. El que come, lo hace por el Señor, pues da gracias a Dios; y el que no come, lo hace por el Señor, y da gracias a Dios.

⁴ Es muy importante el fin del que habla Jacobo de Gracia, que es el fin del sujeto, pero hay otro, el fin de la obra, cuya importancia exige que el sujeto haga por conocerlo. Para saber a lo que me refiero, baste con un ejemplo, que es típico: dar limosna. El fin objetivo es ayudar al prójimo, el subjetivo puede ser el mismo o, bien, que nos vean, reducir los impuestos, etc. El fin subjetivo puede ser bueno o malo.

Y así la suma de esta doctrina consiste en que todo lo que hiciésemos, pensáramos o habláramos sea enderezado al santo fin de dar gusto a Dios. Esto dio a entender el esposo a la esposa⁵, cuando le dijo que le pudiese como sello sobre su corazón, como un sello sobre su brazo, que es como si dijera: ponme sobre tu corazón para que todos tus pensamientos sean enderezados a mí, y sobre tu brazo —que significa la obra— para que todo lo que hicieres sea por mi amor y por mi contento.

Pongamos un ejemplo: come uno para dar gusto a Dios y otro ayuna por alcanzar perdón de sus pecados o el premio del ayuno. Es cierto que no hay comparación en el mérito del que ayuna por los fines dichos con el que come por dar gusto a Dios, porque este fin mira al contento y voluntad divina, y el otro al provecho e interés del que así ayuna⁶.

⁵ Se refiere el Caballero a los versos del Epílogo del *Cantar de los cantares*, donde se lee: *Ponme cual sello sobre tu corazón, ponme como un sello en tu brazo. Porque es fuerte el amor como la Muerte* (8, 6). La lectura del texto dice, sin embargo, que los papeles están cambiados y corresponden las palabras mencionadas a la esposa; pero el sentido querido por el Caballero no cambia.

⁶ Hacer las cosas por sólo amor de Dios es incomparablemente superior a cualquier otra cosa, aunque venga rodeada de muchas penalidades o mortificaciones buscadas, e indudablemente por amor al Señor; pero un amor sin pureza, una aleación de ese mismo amor y del propio.

CUARTO PUNTO

ADVIERTA que importa mucho saber cómo hacer que una obra, de suyo pequeña, venga a ser muy grande delante de Dios; y se hace de esta manera: júntase la pequeñez de la obra con la grandeza del deseo, el cual, si es firme y eficaz, llega adonde el efecto no alcanza; porque cuanto fuere vuestra voluntad y ansia mayor, más se alzará la obra delante del Señor¹.

¹ El tema ha sido predicado en el siglo XX por san Josemaría Escrivá de Balaguer de un modo vibrante y persuasivo. Baste conocer su primera obra, *Camino*, que titula ya uno de los capítulos *Cosas pequeñas*. El punto 813 dice: *Hacedlo todo por Amor*. —*Así no hay cosas pequeñas: todo es grande*. —*La perseverancia en las*

Pongamos por ejemplo: está uno tomando una disciplina, o comiendo; pequeña cosa es comer, pero juntando a ella un fervoroso deseo de padecer grandísimos dolores y cruelísimos tormentos por Dios —si en aquel punto le fuera concedido—, vendrá esta obra a levantarse delante del Señor a medida del deseo y voluntad, la cual recibe Dios por obra, cuando ella no está en nuestra mano. Así fue la ofrenda del cornadillo² de aquella viejecita, a los divinos ojos más acepta que los ricos tesoros de todos los demás. Esto nos lo quiso dar a entender el Apóstol Santo: *In omni bono opere fructificate*³. Que procuremos que el fruto de las buenas obras crezca delante del Señor. Y san Jerónimo, dice: *In amicis non res queritur, sed voluntas*. En los amigos no se mira sino a la voluntad que la acompaña. Y Séneca dijo que lo que se había de estimar era: *tribuendi cupiditas*, que es aquella codicia de dar.

cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo. El Caballero de Gracia no habla de «cosas pequeñas», pero se refiere a ellas en la presente Advertencia.

² La palabra es diminutivo de cornado, deformación de «coronado», y corresponde a una moneda de valor cambiante, como todas, pero siempre muy bajo. La escena se narra en los evangelios de Lucas (21, 1-4) y Marcos (12, 41-44); Jesús llama la atención de los apóstoles sobre una anciana viuda que echa en el gazo-filacio una pequeñez, dos ochavos, lentos o cornadillos; pero que es todo cuanto tiene para comer. La acción de aquella mujer, que pasó la vida sin darlo a conocer, y es muy probable que repitiéndolo, será siempre ejemplo de generosidad en el amor a Dios.

³ Col 1, 10: *in omni opere bono fructificantes...*, fructificando en toda obra buena.

QUINTO PUNTO

ADVIERTA que con este santo deseo puede restaurar lo perdido y pasado. Pongo ejemplo: ha vivido una persona descuidadamente toda la vida pasada, puede ahora recuperarla de esta manera: diciéndole a Dios con espíritu humilde: ¡Ay, Señor! ¡Quién hubiera gastado su vida en cosas de vuestra gloria y servicio, dándoos siempre gusto! Yo quisiera que todas mis faltas y ofensas, y las de todo el mundo, fueran virtudes excelentísimas, con las cuales sumamente os agradaran. Pésame, mi Dios, de la mala e inútil vida mía y, de aquí adelante, quiero con vuestra gracia que todo lo que yo hiciere, dijere y pensare, vaya enderezado a daros gusto.

SEXTO Y ÚLTIMO PUNTO

ADVIERTA que estos actos se ejerciten de modo que crezcan mucho más y se levanten cuanto fuere posible delante de Dios. Esto decía el Apóstol: *Sic ambuletis, ut abundetis magis*¹, andad en el camino de las virtudes con la mayor abundancia que pudiéredes; y a los Filipenses: *Requiro fructum abundantem*², deseo de vuestras obras una cosecha muy rica de méritos. Doctrina es de los santos, y en particular de san Gre-

¹ I Thes 4, 1: *sic et ambuletis ut abundetis magis*. Seguid avanzando para que progreséis cada vez más.

² Phil 4, 17: *sed requiro fructum abundantem in ratione vestra*. Sino que busco fruto que produzca interés en vuestra cuenta.

gorio, in Pastoral: *Tanto actius in Deo colligit, quanto per sancta desideria seminatus.*

Esto se hace cuando a un acto hecho por dar gusto a Dios, se junta la grandeza de deseos de hacer mayores cosas por su amor, como ya se ha dicho; y cuando al mismo acto se le añaden los méritos de la Vida y Pasión de Jesucristo, nuestro bien, y de su Madre gloriosa, y de todo cuanto se ha hecho y se hace y se hará por la eternidad en su santo servicio, deseando por instantes y momentos ofrecer al Señor todo esto, como cosa tan agradable a su divina Majestad.

Esto es ir adornando las obras de manera que vengán a ser de pequeñas, grandes, y de ajenas, propias, por la misericordia del Señor.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL ACTO DE CONTRICIÓN

Pregunta. Deseo hermano saber ¿qué provecho trae la contrición que nos mandan tener de nuestros pecados?

Respuesta. Es la contrición de tanto valor, que el que la tuviere, aunque haya cometido los más graves pecados del mundo, al punto se le perdonan todos y se pone en gracia de Dios.

P. Si uno muriese con contrición, pero sin poder confesarse o recibir otros sacramentos, ¿se salvaría?

R. Sí, hermano; sin duda alguna.

P. ¿De dónde le viene a la contrición tan maravillosa virtud como la que habéis dicho?

R. De ser un dolor perfecto de los pecados cometidos, con el cual se deshacen como si no hubieran sido.

P. *¿En qué está ser ese dolor perfecto?*

R. En pesarle, al que ha pecado, las ofensas hechas contra Dios por ser quien es y digno de todo amor; con propósito de confesarse y de no ofenderle y confianza de alcanzar perdón de los pecados cometidos.

P. *¿Cuántos actos encierra en sí la contrición?*

R. Tres, principalmente.

P. *Decídmelos, para que sepa hacerlos.*

R. El primer acto es un dolor de la voluntad con que, mirando a Dios, no quisiera haber pecado, por ser él tan bueno y digno de ser amado y no ofendido.

P. *Decid el segundo.*

R. Es el segundo un propósito de no pecar más, fundado en el dolor de los pecados hechos, por el cual (si pudiera ser) los deshiciera; y así tengo que procurar no hacerlos adelante.

P. *Pasad al tercer acto.*

R. Es el tercer acto una confianza en la bondad y palabra de Dios, fundada en la sangre de Cristo, su Hijo, de que perdonará los pecados cometidos y me dará gracia para no hacerlos más.

P. *Decidme, os ruego, ¿qué consideraciones hay para tener este dolor y propósito de no pecar?*

R. Son muchas, y la primera es ser Dios la misma bondad, tan digna de ser amada. La segunda, los beneficios que nos ha hecho. La tercera, lo que perdemos

en ofenderle, que es su amistad. La cuarta, la sangre que para quitar nuestros pecados derramó Jesucristo.

P. *¿Hay otro dolor de los pecados que no sea de tanta eficacia como éste?*

R. Sí, hermano; y se llama atrición.

P. *Ruegoos que me digáis ¿qué cosa es y en qué se diferencia de la contrición?*

R. Es la atrición un dolor de los pecados por temor de la muerte, el infierno u otros castigos que Dios nos puede enviar; y en esto se diferencia de la contrición, que no mira a las penas y males, sino a solo Dios.

P. *¿Se perdonan los pecados con este dolor que llaman atrición?*

R. No, si no se junta con el sacramento de la confesión; de suerte que, si estando uno en pecado mortal tuviese este dolor, sin confesarse, se iría al infierno sin remedio.

P. *Según lo que decís, más fácil será tener esta atrición, confesando uno a menudo, pues así se alcanza perdón de los pecados.*

R. No me parece acertado el consejo por algunas razones que, si queréis oír, os diré.

P. *Os pido que me las digáis, para que me haga fuerza lo que me aconsejáis.*

R. La primera es que por la contrición se quita el pecado y por la atrición no, hasta que se confiese quien

le tiene; y es tan gran mal la culpa mortal y carecer de la gracia de Dios, que no dudará estar un cristiano sin ella un momento, si pudiera cobrarla.

P. Deseo me digáis otra razón.

R. La segunda es que puede faltarle a uno el remedio de la confesión, muriendo antes de tenerla; y con la atrición no se salvará, mas sí, sin duda, con la contrición.

P. Mirad si tenéis otra razón, para que quede más convencido.

R. La tercera es que por la contrición, junta con el sacramento de la confesión, da Dios más gracia y perdona más la pena temporal que por la atrición; y, así, es bien usarla aun en la misma confesión como más eficaz remedio.

P. Del todo estoy determinado a usar la contrición, sólo os pido que me digáis cuándo será bueno hacerla.

R. Todas las veces que os halléis con culpa mortal, es importante tener contrición, aunque sea en la calle o metido en negocios.

P. Fuera de esto ¿en qué tiempo os parece que acostumbre a hacerla?

R. Al acostaros y al levantaros, a la mañana delante del Santísimo Sacramento, en la iglesia, al confesar y al comulgar y oír la Misa.

P. Enseñadme ahora ¿con qué palabras, que me sirvan de oración, podría hacer esta contrición?

R. Me parece que podéis decir de esta manera, hablando con Cristo, Señor nuestro, considerándole puesto en la Cruz:

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío. Por ser vos quien sois, y porque os amo, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Propongo de enmendarme y confesarme a su tiempo, y ofrezco cuanto hiciere en satisfacción de todos mis pecados, y confío en vuestra bondad que me perdonaréis por vuestra preciosa sangre, y me daréis gracia para nunca más pecar. Amén.

LAUS DEO

NEBLÍ, CLÁSICOS DE ESPIRITUALIDAD

Selección de títulos

6. FRAY LUIS DE GRANADA: *Vida de Jesucristo* (cuarta edición).
9. SAN GREGORIO MAGNO: *Las parábolas del Evangelio* (segunda edición).
13. SAN GREGORIO MAGNO: *Homilías sobre los Evangelios* (segunda edición).
16. SAN JUAN DE ÁVILA: *Sermones del Espíritu Santo* (segunda edición).
17. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: *Práctica del amor a Jesucristo* (novena edición).
18. SAN PEDRO DE ALCÁNTARA: *Tratado de la oración y meditación* (cuarta edición).
- 19-20. JUAN CASIANO: *Colaciones I y II*.
33. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: *Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima* (segunda edición).
37. ORÍGENES: *Tratado sobre la oración* (tercera edición).
42. ANÓNIMO DEL SIGLO XIX: *La Santa Misa*.
49. JOHN H. NEWMAN: *Discursos sobre la fe (1849)* (segunda edición).

ha aparecido en muchas ediciones, aunque dentro de otros títulos, sobre todo del *Tratado de la oración y meditación*, de san Pedro de Alcántara.

Se ignora dónde y cuándo nació el autor, Fray Juan de Bonilla; se desconoce quiénes fueron sus padres y el trayecto principal de su vida. Lo que se sabe de cierto es que en 1571 era guardián del convento franciscano de Villasilos, y que tres años antes, en 1568, obtuvo licencia para imprimir su *Breve Tratado*. Nada más se sabe por el momento.

En el libro se incluyen unas *Advertencias del Caballero de Gracia*, que figuran junto al *Breve Tratado* en la edición de 1680, el ejemplar más antiguo que se conserva completo, y que es el utilizado para esta edición. Jacobo de Gracia nos recuerda que debemos ser santos, pero con una santidad no común, y afirma que siempre se puede rectificar, pedir perdón a Dios y volver a la lucha para crecer más, para amar más. Sigue a esas advertencias un breve catecismo sobre los actos de contrición, ejemplo de sencilla claridad.

Series de NEBLI

Rojo: Antigüedad.

Verde: Edad Media.

Azul: Ascética y mística
españolas.

Siena: Autores modernos
no españoles.

VOLE·TAN·ALTO·TAN·ALTO·QUE
LE·DI·A·LA·CAZA·ALCANCE;
VOLE·TAN·ALTO·TAN·ALTO·QUE
LE·DI·A·LA·CAZA·ALCANCE



ISBN 84-321-3528-3



9 788432 135286